



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS POETAS

JACINTO VERDAGUER



En su poema *Atlántida* ha probado talento excepcional, genio profundo... Gracias á Verdaguier, no se ha acabado la poesía épica en el mundo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Un momento, por Enrique Segovia Rocaberti.—La del humo, por Fiacro Iriyros.—Los pollos, por Manuel Matos.—Declaraciones, por Eduardo de Palacio.—Una desgracia, por Sinisio Deigado.—Fantasía, por Manuel Soriano.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Jacinto Verdagner.—Entre amigos.—En la casa de huéspedes, por Cilla.



No puedo registrar en mi crónica semanal un suceso importante, porque a la hora de escribir las presentes líneas no se ha realizado. Por cuestión de unos cuantos minutos dejo de saber si a la apertura solemne de la Exposición de Bellas Artes han asistido la espiritual Marquesa del Bonete, la bella Duquesa de la Francesilla, la incomparable Condesa de la Bizcochada, y otras distinguidas y elegantes *tímulas* del reino.

¡Me da una rabia no saberlo!

Para que la apertura revista caracteres de solemnidad, es necesario que concurren las damas con sus mejores vestidos, y que los chicos bien trajeados aporten con sus levitas encantos estéticos a la ceremonia.

Hay mucho interés por conseguir billetes para el acto de la inauguración, y se han repartido ya algunos miles entre la gente privilegiada. Conocemos de vista a todas las señoras que asistirán a la apertura.

Hace diez años que venimos encontrando en todos los espectáculos gratis dos docenas de caras, más ó menos hermosas, pertenecientes á otras tantas señoras y señoritas, que no pierden ripio. Se conoce que se pasan la existencia molestando a la humanidad para que las den billetes y las introduzcan en todas partes.

Es tal su costumbre de asistir á todo, que entran en el Congreso y en las Salesas como en su propia casa, y mañana entrarán en la Exposición y querrán colocarse en primera fila cuando se pronuncien los discursos, y si hay *buffet* comerán de lo más rico, y hasta pasarán el dedo por los cuadros, para tener el gusto de tocarlo todo.

Entre las eternas concurrentes á los actos oficiales, hay una rubia, alta, con un lunar de pelo junto á la boca, que recuerda todas las aperturas celebradas en España de cincuenta años á esta parte: desde la del Canal de Lozoya hasta la de los buzones de la calle de Carretas.

Ella dice que no tiene más que treinta y cinco años, y para echárselas de joven usa los sombreros llenos de flores y pajarillos, como si quisiese personificar la primavera de la vida. Otras veces lleva los pelos tendidos por la espalda y sujetos con un lazo de color de rosa...

Cuando vamos al Ateneo, á las Academias, á las Cortes, á la inauguración de unas obras, á cualquier parte, en fin, donde el billete es gratuito, lo primero que vemos es á la rubia, y pensamos inmediatamente, con dolor, que su esposo debe andar con los calcetines llenos de puntos.

¡Oh! ¡Las inauguraciones son la desesperación de muchos esposos!

Las corridas de toros extraordinarias abundan que es una bendición.

Desde la Princesa altiva á la que pesca en ruín barca, todas nuestras clases sociales han acudido al circo taurino.

Aquí en cuanto se nos habla de toros—*¡olé que sí, y viva tu mujer!*—ya no sabemos qué hacer de las penas, ni del dinero, ni de la familia.

El entusiasmo se nos sube á la cabeza, y si no tenemos posibles para comprar una grada ó un tendido, somos capaces de vender hasta los niños.

—¿Va V. mañana á los toros?—preguntábamos el miércoles á D. Gumersindo, alférez retirado que come un

día sí y otro no, y usa un sombrero de copa que parece una pelleja.

—¡Hombre!—nos contestó.—¿Cree V. que habré de faltar, tratándose de una corrida extraordinaria?

—El precio de los billetes anda por las nubes.

—No importa. Es cuestión de dignidad personal, y yo no me quedo en casa.

—¿Qué piensa V. hacer entonces?

—Sacrificar la dignidad casera.

—¿Cómo?

—Empeñando el cojín de mi patrona.

Los hombres más circunspectos, los más morales, los de ideas más puras y más cristianas, compran su billete y van á ver cómo caen hombres y caballos á impulsos de la fiera, y cómo se rompen las costillas nuestros distinguidos piqueros.

Cuando el toro defrauda las esperanzas de los espectadores (porque hay toros de buena índole que no quieren disgustos), entonces ruge la multitud, se impacientan las señoras, *echan pecados* los caballeros; exáltanse los pacíficos, y todos piden á voz en cuello que le tuesten el morrillo á la res y que maten al ganadero inmediatamente.

Al otro día, aquel mismo entusiasta espectador que reclamaba á gritos la puntilla para el presidente, y quería saltar al redondel para obligar á un picador á que se dejase reventar por el berrendo, aquel mismo energúmeno de la clase de taurómacos administra justicia en los tribunales y manda á presidio á un infeliz, porque ha herido, sin querer, á su cuñado con un cortaplumas.

En la plaza desaparecen las jerarquías, las opiniones particulares y los instintos; algunos espectadores se identifican de tal suerte con el espectáculo, que hasta dan cornadas á los amigos por puro pasatiempo.

—Daría cualquier cosa por ser toro—decía uno del tendido.

—¿Para qué?—le preguntó otro abonado.

—Para darle un puntazo á aquel granuja de picador.

Y una chula, que le oía, no pudo menos de decir á su compañera:

—¡Ay, qué gracia! Ese señorito quiere ser toro.

—Pues que se case—contestó la otra.

.*.*

Aún dura la romería y las rosquillas de Fuenlabrada. Como nadie va á exigirles la fe de bautismo, resulta que ni son de Fuenlabrada ni rosquillas.

Hay quien dice que las hacen con el pan duro que sobra en las casas de huéspedes, y que después de hechas las pintan con azafrán. Illo es que más que rosquillas parecen guijarros, y se cree que los vendedores están subvencionados por los dentistas.

Peró nada de esto es obstáculo para que la multitud, ávida de placeres y de comestibles, compre rosquillas, y lo que es peor, ¡se las coma!

—Mamá—dice un chico,—cómprame cosas.

—¡Peró, hijo de mi alma! ¿No te hemos comprado un Castelar con silbato? ¿Crees que tus padres son algunos *Rochiles*?

—Yo quiero rosquillas—añade otro de los chicos.

—Diga V., buena mujer—replica la mamá dirigiéndose á una vendedora.—¿A cómo son las rosquillas?

—A cinco.

—¡Jesús, qué careza!... ¿Y son tiernas?

—¿Que si son tiernas? La pura manteca. *Misté*—y al decir esto, la vendedora le tira un par de bocados á una rosquilla, con gran riesgo de la dentadura.

—¿Quiere V. á cuatro?—pregunta la mamá.

—¿Cree V. que las he robao? ¡El demonio de la señora!... Vaya V. mucho con Dios.

—¡Desvergonzada!

Un niño.—Yo toro totilas.

La vendedora.—¡El demonio de la mendiga!...

El esposo de la señora.—Si no fuera mirando que es usted una mujer...

La esposa.—Déjala, Edelmiro; no discutas con esa tia.

La vendedora.—¡Adiós, sobrina!

El otro niño.—¡Yo tero totilas!... ¡i... ¡i...

La señora.—¡Ordinaria! ¡Soez!

El esposo.—¡No te acalores! Genoveva.

Un guardia.—Mucho ojo con los escándalos.

El esposo.—Esa mujer no tiene educación ni formas.

La esposa.—Ni decencia.

El guardia.—¡Vaya! A cayar todo el mundo, y que no haiga custiones presonales.

La vendedora.—¡De Fuenlabrá, rosquillas! ¡Como la manteca!

Los niños (á dúo).—Yo tero totilas... ¡i... ¡i...

La esposa.—Vamos, Edelmiro, porque esa mujerota nos está incitando.

El esposo coge del brazo á la esposa; los niños hacen presa en el vestido de la mamá, llorando como becerros contrariados, y todos juntos penetran en una buñolería, donde se desahogan despachando dos docenas de buñuelos.

Y aquí tienen ustedes, poco más ó menos, lo que van á hacer á la romería muchas personas honradas.

LUIS TABOADA.

¡UN MOMENTO! (1)

De pie en la plataforma de un tranvía, lleno de carne humana en demasía, de la Puerta del Sol al Hipódromo es una expedición de tomo y lomo. El coche se desliza más que rueda, para un minuto ó dos en la Cibeles y de nuevo arrancando los corceles atrás la diosa *empedernida* queda. Un suspiro al pasar frente á la roja Casa de la Moneda no sé si el pecho ó el bolsillo arroja. Colón, con la muleta recogida, como el que va á brindar al presidente, domina allá en la altura la arboleda de su follaje espléndido vestida que el aura hace ondular graciosamente. No dirá aquel marino portentoso que no le desagracia el noble *¡bero!*; si ayer con él fué poco generoso, hoy, en cambio, le pone en candelero. Quedóse á la derecha la estatua ecuestre del Marqués del Duero, sobre la cual abrigo la sospecha de que el autor, que no llamaré artista, fué algún gran enemigo del guerrero, tal vez algún carlista, pues está aquel Marqués tan aguerrido más que fundido en bronce, confundido.

El hotel de Abascal, esa eminencia del partido imperante, nos ofrece al pasar una *Elocuencia* mediana por detrás y por delante. Es, á lo que se ve, la elocuencia de Jove ó de Fabiá.

Más allá de la finca de Abascal, sobre extraño y mezquino pedestal solicita la pública atención un artístico grupo escultural digno de admiración. A Isabel la Católica erigido, los ediles que allí le han emplazado han dado pruebas de ese mal sentido que al cargo concejil va siempre unido. Al simular que avanza de aquel lado doña Isabel primera, entre el Gran Capitán y el purpurado, se imagina cualquiera que regresa triunfal, porque ha ganado sobre el propio corcel una carrera.

¡La Exposición! No es malo el edificio, aunque tiene muy poco, ó más bien nada de original ni bello el frontispicio; mas no nos detengamos á la entrada. Amplísimos salones, con buena luz y altura conveniente;

á no ser por sus vastas dimensiones, no hubiera habido espacio suficiente para media docena de telones. ¡Qué cuadros, santo Dios! Con la madera de un centenar de marcos solamente, por lo que ví con detenido examen, se construye una escuadra verdadera sacando de los lienzos el velámon. Los premios que en concursos anteriores se dieron al tamaño, han sacado de quicio á los pintores, y han hecho mucho daño. ¿Dónde van á parar nuestros artistas si no abandonan tan funesto estilo? ¿Dónde van á encontrar coleccionistas, ni en qué Museo encontrarán asilo? Hay *cuadrilo de género*... cristiano, que tiene por asunto una casulla, con más área que todo el Vaticano y más piés que la Biblia de Carulla. Asuntos hay de suyo colosales que reclaman iguales proporciones, aunque deben bastar las naturales: ¡pero si ya hay quien pinta hodegones con uvas del tamaño de melones y espárragos lo mismo que ciriales!

Fuera de estos lunares, que no oculto, que por el bulto que hacen son de bulto, la Exposición coloca á grande altura los artísticos timbres españoles, y en el cielo de luz de la pintura hoy el arte español vivo fulgura en inmortal constelación de soles. Hablando con lisura, la Exposición es buena, pero buena, aunque se han recatado de bajar á la arena los que en ella de honor se han coronado, cuando en busca de glorias y dineros luchaban como buenos caballeros.

Respecto á las artistas españolas, como españolas, de belleza rara, verán ustedes que se pintan solas... para pintarse un cuadro, no la cara.

E. SEGOVIA ROCARTELI.

¡LA DEL HUMO!

Asunción, por compasión, no llore usted de ese modo, porque eso, después de todo, no es natural. Asunción.

Lleva una semana entera llorando todos los días. ¡Pero, hija, ni Jeremías lloraba de esa manera!

Y vamos á ver: ¿por qué? ¿Por qué ese llanto? repito. ¿Porque ha visto que Pepito se ha despedido de usted?

¿Porque alegando razones, la que menos, atendible, le ha dicho que es imposible continuar las relaciones?

¿Por eso tanta aflicción y ese pesar que la inquieta? Le ha llamado á usted coqueta con muchísima razón.

En eso no ha habido un feo. Si usted le hubiera querido me consta que ya ha podido... *remediarlo*. ¡Ya lo creo!

¿Cómo? Pues muy fácilmente: no habiendo sido cruel, y mostrándose con él cariñosa y complaciente.

No siendo tan casquivana como usted lo estaba siendo, y sobre todo, no haciendo lo que á usted le dé la gana.

¿Que ya no la quiere ver? No me extraña, lo confieso.

¡Si yo ya sabía que eso tenía que suceder!

¿No hay más que ser imprudente, y aprovechando su ausencia ponerse en correspondencia con los vecinos de enfrente?

¿No hay más que ser muy ladina y aceptar los galanteos de los guapos y los feos que se acercan á la esquina?

Como eso á usted le recrea, se pasa así todo el día. ¡Si eso no es coquetería que venga Dios y lo vea!

Pero Pepe se cargó de aguantar su insensatez, hasta que al fin una vez dijo *¡vuelvo!*... y no volvió.

Yo, que le hablo francamente porque es usted cariñosa, voy á decirle una cosa: ¡Que hizo bien! ¡Perfectamente!

Y aun llegará mi cinismo á decirle á usted de paso, que, de encontrarme en su caso, hubiera hecho yo lo mismo.

No llore usted, Asunción, y acabe usted de sufrir, porque vamos á decir que es una exageración.

¡Cese ya ese amargo llanto! Por mucho que usted le adore, yo comprendo que se llore, pero no tanto, no tanto,

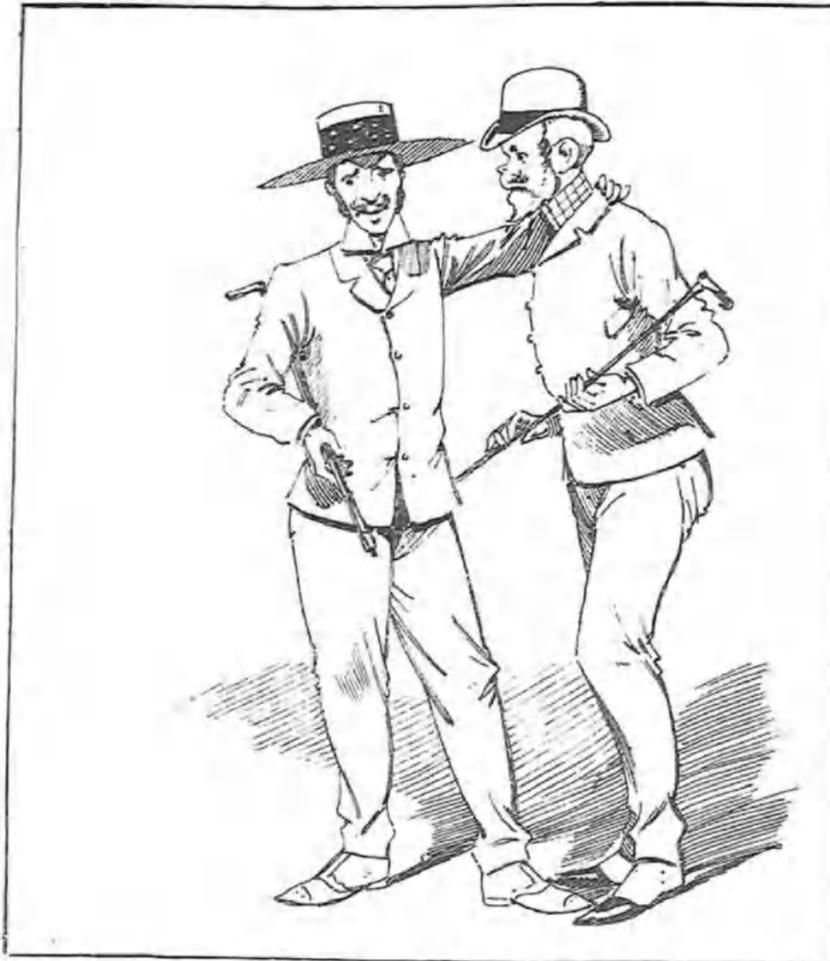
Además, con el dolor se pondrá los ojos rojos, y después, con esos ojos... ¡hágame usted el favor!

¿Que se ha marchado? ¡Paciencia! ¡Paciencia si se ha marchado! ¡Ve usted cómo en el pecado se lleva la penitencia!

FIACRO YEÁVROZ.

(1) Introducción al Catálogo humorístico, en verso, de la Exposición de Bellas Artes, que en breve se pondrá á la venta.

ENTRE AMIGOS



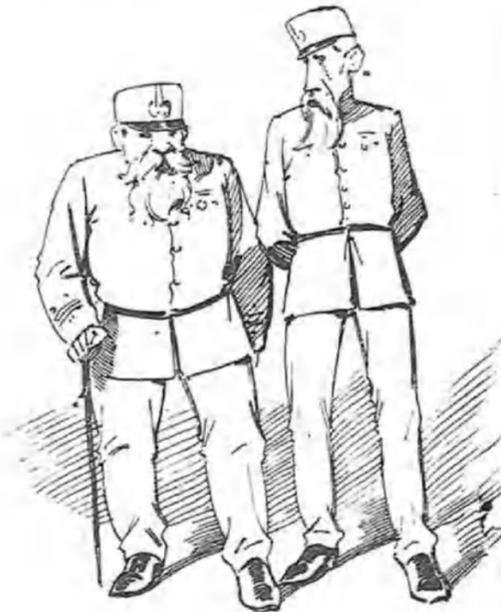
—¿Conque la conoces? Pues preséntame sin que se entere el marido, para ver si se pesca algo.
—No puede ser, hijo. He hecho yo que me presenten precisamente para eso.



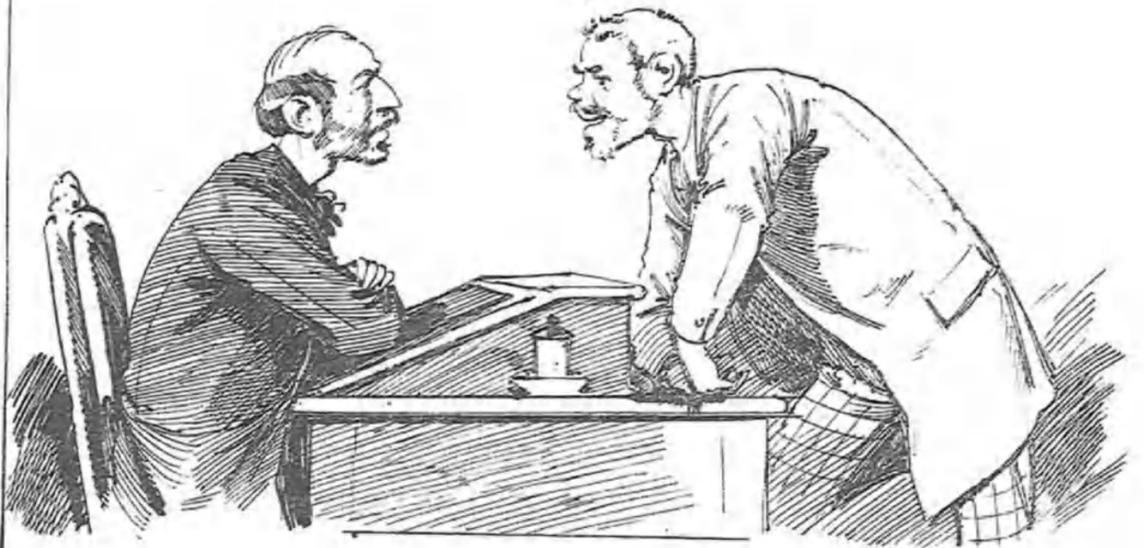
—Aquí pa entre nosotros, es cosa buena la ley. Lo único que me carga es eso de la inviolabilidad del domicilio.



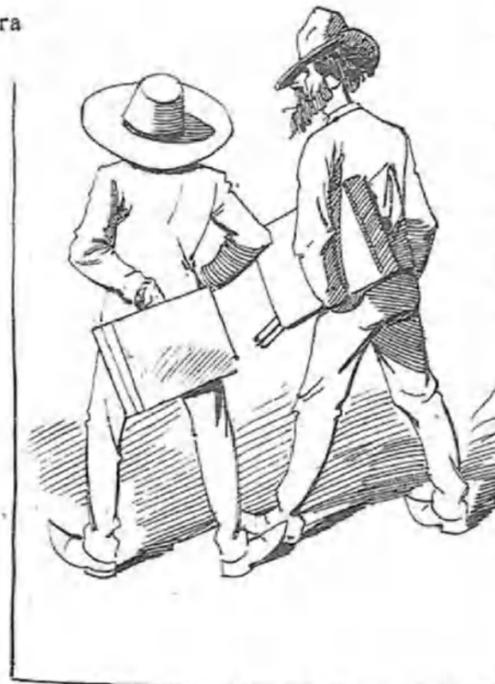
—¿Sabes por qué ha muerto esa boa de Filipinas?
¡Por comer un cerdo de siete arrobas y medial!
—¿Sí? ¡quién fuera boa! es decir, ¡quién hubiera sido boa.



—¿Sabes á quién han hecho brigadier?
—Hombre eso lo sabe todo el mundo. ¡A Talegón!



—Despachaste el expediente?
—¿Cuál?
—El de la viuda aquella.
—Pues claro que está corriente; ¡como que ha venido ella!



—Ya sabía yo que no me iban á admitir el cuadro. Aquella figura de mujer era inmoral por demasiado provocativa.

—¡Calla, hombre! ¿Cómo quieres que sea provocativa una mujer que tiene una pierna media vara más larga que la otra?



—Acabo de pillar este curioso ejemplar de filoxera *vastatrix*.

—Para filoxera la que pillé yo el día de San Isidro por la tarde.

LOS POLISIONES

Pero vamos á ver, señoras mías, ó por mejor decir, señoras, nuestras: ¿dónde van VV. á parar con eso?

Porque lo que empezó siendo dulce curvatura, tiene trazas de concluir por ser antro cavernoso.

¿Ustedes no han caído en la cuenta de eso?

Ya comprendo que VV. no se verán bien esa prominencia, por estar colocada en mal sitio; pero ¿no ven VV. á las demás? ¿No les hace mal efecto ese promontorio?

¡Ay! ¡A mí sí!

Crean VV. que todo lo que contribuye á desterrar del cuerpo de la mujer las líneas rectas, es cosa muy digna de elogio (¡mejores son las líneas curvas naturales! ¿Estamos?); pero no caigamos en Caribdis huyendo de Scila. Todo lo bien está bien; nada hay mejor que el justo medio: la mesura es cosa muy agradable aun en materia de *polisiones*... y todos los refranes que de ahí pueden derivarse.

Parece que es el mismo diablo el que aconseja á VV. en materia de modas.

No, no quiero decir eso; me explicaré.

Por lo que tienen de provocativas al pecado las modas, parecen invención de Satanás; pero el caso es que VV. se dejan atrás al demonio cuando se ponen á extremar sus inventos.

Viene la moda del pelo alto, y VV. lo van subiendo poco á poco hasta que llegan á obligar á un epigramista á decir que rifien los gatos en él sin que VV. se enteren.

Hace poco se estilaba el flequillo sobre la frente, y algunas de VV. llegaron á echarse hacia la cara todo el pelo. Había mujer que parecía un perro ratonero, y otras á quienes no se les podía decir «buenos ojos tienes,» porque no se le veían.

Pues lo mismo sucedió en la época de los miriñaques, allá por el año 60. Fueron VV. inflándose, inflándose, hasta que llegó á ser imposible acercarse á VV. ¡Muy mal hecho, señoras mías, muy mal hecho! Ustedes deben acortar el camino y no poner en él obstáculos.

Cuando comenzaron VV. á usar el polisón no dijimos ni palabra. Respetamos ese capricho, como respetamos todos los que ustedes tienen.—¿Qué diantre—dijimos,—ellas se entenderán! ¡Dejémoslas!

Pero, francamente, eso ya pasa de castaño oscuro; eso ya no es curva suave, sino cuévano antiestético.

La intención, si tal, la intención está conocida; VV. lo hacen por agradarnos, por atraernos; pero si VV. creen que nuestro entusiasmo ha de crecer á medida que crezca el polisón, se llevan VV. un chasco solemne; porque el polisón impone respeto; conforme aumenta de volumen aumenta nuestro temor, y hay ya polisiones que horrorizan... ¡y me quedo corto!

Luego que esos extremos no están bien en mujeres hermosas.

Las feas... todas se esfuerzan por agradar, y copian con exageración las modas; ¡pobrecillas! ¡Hay que agradecerse! ¡Lo hacen con buena intención!

Pero ¿VV. conciben nada peor que una mujer hermosa y de líneas correctas, colgándose del cuerpo suplementos? ¡Qué horror! ¡Enmendar las líneas trazadas por la sabia mano de la naturaleza! ¡Si eso no es profanación horrible, venga Dios y lo vea!

Yo no sé como les gustarán á otros hombres las mujeres; pero si hay quien las quiere pintadas, lustradas, con bultos artificiales y sortijillas y moños y demás embelecós, yo le repruebo el gusto, porque alguna diferencia ha de haber entre el faisán que se coloca en el escaparate de casa Lhardy, y la mujer, que, después de todo, no se destina á ser servida en un plato:

En cuanto á mí, me gustan las mujeres al natural, como los *beefsteak*, medio crudas y con mostaza. (Esto de la mostaza se refiere á los atractivos.)

Aquellas mujeres que se usaban en tiempo de nuestros abuelos, algo descotadas, de cintura alta, falda corta y poco buito, ó

como decía el baturro: «de pocas hojas en el *brivario*,» aquellas... son el modelo que prefiero.

Aquellas romanas de túnica flotante, de pelo sujeto con cinta y collar de perlas... pueden pasar; quiero decir que también me gustan así.

En cuanto á las griegas... ¡oh las griegas! En fin, no quiero hablar de las griegas.

Volvamos á la Mancha.

Digo, pues, señoras mías, que ese estado de polisón, esa figura incorrecta, no puede ni debe continuar.

Si VV. creen que es indispensable abultarse el cuerpo por ese lado, ¡vaya por Dios! abúltense en buen hora; pero con cierta prudencia, con cierta moderación.

En caso contrario, nos veremos los hombres obligados á presentar respetuosamente nuestra dimisión de enamorados y cariñosos.

Yo puedo decir á VV. que un mocetón ricacho de aldea que vino hace poco á Madrid para casarse con una hermostísima muchacha, se ha vuelto á su casa sin contraer matrimonio, disgustando á sus padres, ante los que se disculpaba diciendo «que él no quería casarse con aquella mujer, porque tenía un atroz defecto físico en la parte posterior.»

Créame V. á mí, que se lo digo por su bien. Eso es demasiado, es traspasar los límites de la prudencia.

Conque...

MANUEL MATÓSES.

DECLARACIONES

(MODELO NÚM. I)

«Señorita (sin nombre ó con el nombre): Desde el momento en que la ví mi corazón sintió por V. amor inmenso, una pasión, por más que á usted asombre, que á ratos me devora, y si no es en usted, apenas pienso.

Es usted mi esperanza, señorita,
y sólo aguardo el sí de su boquita,
que me hará el más feliz de los mortales,
el cual queda á sus pies angelicales.»

(MODELO NÚM. II)

«N... de esta vecindad,
varón, y mayor de edad,
ante mí... escribano de...
declara que siempre fué
pobre de solemnidad.

V ya en el trance postrero,
entre si muero ó no muero,
declara sobre barato
para no irse *adventretato*
de este mundo zalamero.

Deja á su esposa un colchón
que, conforme la opinión
que emitió más de un perito,
es de huesos de cabrito,
no de lana de vellón.

Declara por declarar,
y por ganas de charlar,
y por no saber qué hacer.
Item más: deja... á deber
cuanto no pudo pagar.»

(MODELO NÚM. III)

«La escena es en el juzgado,
á eso de la madrugada;
personas: *El desarmao*,
el juez de guardia, sentao,
Rita sobre levantá.
—¿Conoce usted al señor?
—Le víde en el *bal masqué*
y quisó hacerme el amor;
pero yo no me colé,
porque es un provocao.
—¿Y al herido?

—¿Mi marido?
Ya ve usía, es mi pariente.
¿No he de haberle conocido?
Y más que no iba vestido
de máscara, mayormente.

—No hablo de eso.—Yo creí
que usía me hablaba de eso.
—¿Usted presenció el suceso?
—Misté, le ví... y no le ví,
francamente lo confieso.
Cuando el herido cayó,
pues me desmayé también,
y no víde quien le dió,
si fué un guardia que llegó,
ó fué el bastonero, ó quien.
—¿Y usted qué ha visto?

—¿Yo? na.
—Que traigan al bastonero...
—¿Quién no da una *puñalá*?
Hoy, cualesquier caballero...
(Vaya, se continuará.)

EDUARDO DE PALACIO.

UNA DESGRACIA

Era Rafael Moncada
un excelente sujeto,
fino, elegante, discreto
y de una honradez probada.
Se disputaron su amor
bastantes chicas hermosas,

y él fué, ¡lo que son las cosas!
á caer con la peor.
Creyo que sería Emilia
mujer honesta y prudente...
(y lo era efectivamente
al decir de su familia).

y en esta suposición la llevó al altar un día porque el hombre la quería con todo su corazón.

Al principio, cariñosa, vivió sólo para él, y estuvo el buen Rafael muy contento con su esposa. Pero al año, ó poco más, cesó el cariño de pronto, y el hombre, que no era tonto, pensó:—A mí no me la das; la mujer siempre ama á alguno, yo sé que te causo tedio, ¡pues hay un tuno por medio! ¡Veremos quién es el tuno!— Le lastimó horriblemente la herida en el amor propio, pero supo hacer acopio de la calma conveniente, y con prudencia exquisita y sangre fría que alabo, pudo topar con el cabo de la madeja maldita.

Dejóse engañar primero, ocultó su perspicacia para que el golpe de gracia fuera rápido y certero; sorprendió á la infiel y al tuno,

por desgracia ó por fortuna, y los despachó con una puñalada á cada uno.

¡Claro! en seguida fué preso y condenado Moncada.

Un destierro... total nada; ya se sabe lo que es eso.

Y el caso es que al respirar el ambiente en que vivía, le entró una melancolía imposible de aguantar.

Si mi mujer fué traidora (pensó Moncada) no es justo que me muera de disgusto por culpa de mi señora.—

Y echóse á brindar amor para dar á otra doncella la felicidad aquella que no quiso la anterior.

Entre sus apasionadas buscó quien quisiera bodas... ¡Chasco horrible! Aunque son todas excesivamente honradas, saben ya que Rafael la ley por su mano aplica, ¡y no hay una sola chica que quiera cargar con él!

SINISIO DELGADO.

FANTASÍA

La brisa entre el ramaje gemía dulcemente, lanzaba el áureo Febo su rojo resplandor; corría del arroyo la límpida corriente, trinaía allá en la selva el pardo ruiseñor. Triscaban las ovejas, cantaba el pastorcillo, lucía el amplio cielo su transparente azul;

cruzaba los espacios el suave zefirillo, subiendo presuroso hasta el celeste tul. Sentíanse los ecos de la ronca campana que á todos los creyentes convoca á la oración: ofáanse las notas de música lejana, ¡y en tanto, yo dormía lo mismo que un lirón!

MANUEL SORIANO.



De una novela que publica un periódico muy leído: «Carmen, agarrándose al boliche de su secretario lanzó un grito...»

No seguimos copiando por respecto á Carmen... y porque no nos gusta meternos en vidas privadas.



Yo la ví á todas horas á mi lado, en casa, en el café, tomando parte en todos mis placeres y en mis penas también, y un día le pedí cuatro pasetas... ¡y no le he vuelto á ver!



Entre tomadores:

—¡Y este Gobierno se llama liberal!
—¡Qué ha de ser!
—¡El ciudadano no tiene seguridad!... Ya ves; ¡por poco me prenden ayer en San Isidro!...



Después de ver un drama, se ahorcó don Agapito de una rama; y leyendo despacio una elegía, Canuto se murió de apoplejía. ¡Nunca, lector, cometas la locura de estudiar con ardor literatura!

FELICIANO CONDE.

Como de costumbre, durante la semana, han menudeado las reclamaciones de números perdidos.

A un suscriptor de Granada le han faltado ¡cinco! Y francamente...

En fin, no me quejo porque es inútil.



—¿Por quién llevas luto? ¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—Sí; mi pobrecita mujer... ¡Ay! La pena me ahoga.

—¿No estabas separado de ella hace diez años?

—Sí, pero la echaré mucho de menos. ¡Ahora resulta que no estoy separado de nadie!



—¿Por qué su *mitad* la llama Luis á su esposa Pilar?

—Será porque la divide de los palos que la da.

J. RODAO.



La Extraviada se titula un poema original de D. Aureliano Martín Dominica, en el cual el autor imita á Espronceda, felizmente en algunas ocasiones.

También hemos recibido los programas de la próxima feria de Córdoba, que suponemos estará brillante, y del concurso de orfeones y orquestas que celebrará en Madrid la sociedad *El gran pensamiento*.

La indole del periódico y la falta de espacio nos impiden dar una copia.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. F. B.—Granada.—Se remiten los números. No hemos estado ahí todavía. ¿Está V. seguro de que han sido admitidas en la C. P.? Porque no las encuentro. Se le aprecia.

S. D. M. C.—Murcia.—Eso no debe ser de V., y está copiado con una ortografía infernal.

Trampolín.—¿Qué defectos tienen? ¡Caracoles! ¡si cada epigramita es un defecto andando!

Martour.—Imposible citar obras. Pero todo el mundo sabe quiénes son los buenos novelistas. La idea que indica se realizó en el MADRID CÓMICO, primera época.

K. Riño.—Cádiz.—No está mal descrita *la chatequera*. Sin embargo, no puede publicarse, y... la hubiera preferido de carne y hueso.

Vuliente.—Málaga.—Eso digo yo; ¡valiente porquería!

Sr. D. M. M.—Zaragoza.—Medianas.

Sr. D. E. L.—Sevilla.—Se nota á primera vista que no es ese el género de su predilección. Y los versos adolecen, por consiguiente, de humorismo forzado. ¡Comprende V.! Por lo demás, tendré mucho gusto en leer cosas suyas.

Lucrecia Borgia.—Sevilla.—Tiene V. razón. Así no se pueden hacer versos á Pilar, ni á nadie.

Fray M.—Nada, no me conoces. Y así es muy fácil parodiar á Bequer. *Berplina*.—Sevilla.—Que no es soneto, ¡oal ni los cigarrillos pueden venir airoso en ninguna parte.

Sr. D. A. G.—Valladolid.—Sirve. La otra no está lejos.

Sr. D. J. M. de L.—Sevilla.—Muy bien; sí, señor.

Un primerizo.—¡Carambal! es malo, porque tiene muchísimas asonancias, y algún verso de legua y media, como por ejemplo: «en el portal de alguna casa se arrinconó.»

Un vejete.—Se ha publicado aquí una composición idéntica.

Micoferide.—¿Y todas las que tiene V. preparadas son por el estilo? Pues ¡de salud sirvan!

Sr. D. F. P.—Madrid.—No señor. Se publicará *Almería* en el número 225.

Fauns.—El asunto es de poco saliente y muy diluido.

Sr. D. R. A.—Madrid.—¡Diantre! Es muy larga y descuidadilla en la forma.

Sr. D. J. F.—Madrid.—No tiene verdadero carácter chulesco. Esto sin contar lo manoseado del asunto.

Piporro.—Sin pizca de gracia.

Una admiradora.—¡Santo Dios! y qué ganas tengo de conocerla.

Armando greco.—Mande V. la firma.

Sr. D. F. C.—Santander.—Quedan á su favor dos pesetas, que equivocadamente remití de más. Disponga de ellas.

Anita.—Fuertecitas como ellos solos.

Un serafín.—No está bien desarrollado el asunto. Resulta confusa la primera mitad.

Zoquete.—Córdoba.—A confesión de parte...



EN LA CASA DE HUÉSPEDES



—Vaya, hombre, ¿conque es la primera vez que viene V. á Madrid? Pues esta noche nos vamos á Es-lava, luego á cenar al café de Madrid, luego... En fin, que ya irá V. abriendo los ojos.

ANUNCIOS

Los Espiritu-Santo, 18, Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene
ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2 160

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de Paris de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGAO
DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.
PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:
Sin encuadernar.—A los suscriptores, 3 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Álbum de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá á la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar.	20 pesetas
Encuadernado en tela.	25 >
Cartulinas sueltas.	0,50 >